

LIBRO IV

JULIO DE 1790—JULIO DE 1791

CAPITULO PRIMERO

Por qué la religión nueva no puede formularse.—Obstáculos interiores

Acuerdo de los reyes contra la Revolución, 27 de Julio de 1790.—Obstáculos interiores.—Divisiones de Francia.—Ninguna gran revolución había costado hasta entonces menos.—Fecundidad religiosa del momento de 1790.—Fuerzas inventivas de Francia.—Savia generosa que había en el pueblo.—Reacción de egoísmo y de temor, de irritación y de odio.—La Revolución produce sus resultados políticos, pero no puede esperar todavía los resultados religiosos y sociales que la hubieran fundado sólidamente.

La víspera misma de la fiesta, la noche del 13 al 14 de Julio, cuando toda la población, en el abandono del entusiasmo y la confianza no tenía más que un pensamiento, se aprovechó para poner en libertad al hombre del último complot, á Bonne de Savardin, agente de los emigrados, que quería entregarles la ciudad de Lyon.

Al mismo tiempo, M. de Flachslanden, hombre de confianza de la reina cerca del conde de Artois, era enviado por éste, para recibir y cumplimentar en Niza á Froment, escapado de Nimes.

El 27 la Asamblea supo que el rey había concedido á los austriacos permiso para pasar por territorio francés en dirección á Bélgica, cuya Revolución iban á combatir.

El mismo día—fecha memorable—el 27 de Julio de 1790, Europa tomó su primer acuerdo contra la Revolución, contra la de Brabante entonces.

Los preliminares del tratado fueron firmados en Reichembach. Inglaterra, Prusia y Holanda abandonaron á Bélgica á la venganza de Austria; á aquella Bélgica que ellas habían sublevado y animado, que no esperaba de nadie más que de ellas, que se obstina más tarde todavía y hasta última hora espera de ellas su salvación.

El mismo mes, M. Pitt, seguro del concierto europeo, no tuvo dificultad en decir en pleno Parlamento inglés que aprobaba palabra por palabra la diatriba de Burke contra la Revolución, contra Francia; libro infame, insensato, lleno de rabia, de calumnias, de bajos insultos, de bufonías injuriosas y groseras.

¡Penosos descubrimientos! Los que creíamos amigos son nuestros enemigos más crueles.

Afortunadamente salimos á tiempo de nuestras ilusiones filantrópicas, de nuestras simpatías crédulas. La Revolución no puede, sin riesgo de perecer, permanecer en la edad de la inocencia.

La verdad, dura ó no, es preciso decirla cara á cara. He seguido á la pobre Francia, cándida y crédula todavía en el fácil arrebato de su corazón, en sus ceguedades voluntarias é involuntarias. Como ella hizo, yo debo, en presencia de estos peligros imprevistos, deshojar más profundamente la realidad, sondear á la vez el peligro y los recursos de resistencia.

El peligro sería pequeño y no habría que temerlo si Francia no estuviese dividida. Es preciso decirlo; la unión fué sincera en el sublime momento que he tenido la dicha de narrar; fué verdadera, pero pasajera; bien pronto reaparecieron las divisiones de opiniones y clases.

El 18 de Julio, cuatro días después de la fiesta tan felizmente realizada, cuando se tenían tantos motivos de confianza en el pueblo, cuando hubiera sido necesario mantener y fortificar la unión ante el peligro, Chapelier (¡qué cambio para el presidente del 4 de Agosto!) propuso se exigiera uniforme á los guardias nacionales; es decir, limitar la guardia á los ricos ó de posición desahogada; es decir, preparar el desarme de los pobres!...

La proposición—dicho sea en honor de aquel tiempo—fué mal vista y mal recibida por los ricos mismos, salvo la burguesía de París y las gentes de Lafayette.

Barbaroux propone lo mismo en Marsella. La rica ciudad de Burdeos la rechaza y protesta diciendo que para reconocerse bastaba una cinta.

Estos gérmenes de división en la guardia nacional y las desconfianzas que surgen contra las municipalidades, deben multiplicar y fortificar las asociaciones voluntarias. No ha bastado la federación; no ha bastado la institución de nuevos poderes; es preciso una fuerza extra-

legal. Contra la vasta conspiración que se prepara es necesaria una conspiración. Venga la de los jacobinos y que envuelva á Francia.

Dos mil cuatrocientas sociedades se constituyen en menos de dos años en otras tantas ciudades y aldeas. Grande y terrible máquina que



ARMAS Y TRAJES DE LA REVOLUCIÓN

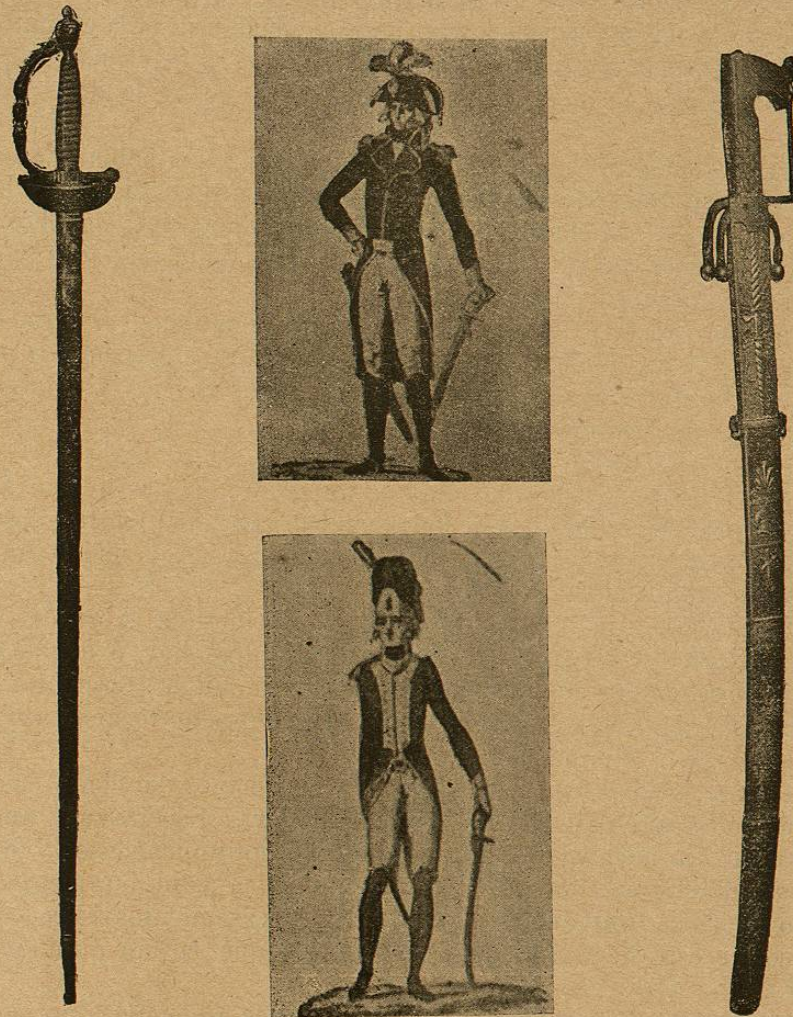
Sable de oficial de la guardia nacional.—Un jacobino (dibujo de la Spoca).—Sable de abordaje de oficial de marina.

da á la Revolución una incalculable fuerza, única que puede salvarla en la ruina de los poderes públicos; pero también es cierto que modifica profundamente el carácter, cambia y altera la primitiva inspiración.

Esta inspiración fué toda de confianza y benevolencia. Grandeza y credulidad es el carácter de la primera edad revolucionaria que ha pa-

sado para no volver... Encantadora historia que no podrá nunca ser leída sin sentir los ojos arrasados de lágrimas.

A ellas se mezclará una amarga sonrisa: Qué, ¡tan niños éramos,



ARMAS Y TRAJES DE LA REVOLUCIÓN

Sable de general.—Figurines militares de la época sacados del Museo Carnavalet de París. General de brigada. Capitán de granaderos.—Espada de comisario

tan fáciles de engañar!... No importa; riase quien quiera. No nos arrepentiremos jamás de haber sido esta nación confiada y clemente.

He leído muchas historias de revoluciones y puedo afirmar lo mismo que decía un realista en 1791: que *ninguna gran revolución había costado menos sangre y menos lágrimas*. Los desórdenes inseparables de tal transformación han sido exagerados á capricho.

En realidad una sola clase, el clero, podía con alguna apariencia de verdad llamarse expoliado. Y sin embargo resultaba de esta expoliación que la masa del clero, hambrienta bajo el antiguo régimen en provecho de algunos prelados, tenía al fin de qué vivir.

Los nobles habían perdido sus derechos feudales; pero en muchas provincias, especialmente en el Languedoc, ganaban más como propietarios, no pagando el diezmo, que perdían de derechos feudales como señores.

Aun perdiendo los honores góticos y ridículos no habían descendido, porque en casi todas partes, con una ciega consideración, le habían sido otorgados los verdaderos honores del ciudadano, que muchos no merecían, dándoles los primeros puestos de las municipalidades y los grados de la guardia nacional.

Confianza excesiva, imprudente. Aquel joven mundo, en presencia de las perspectivas infinitas que le abría el porvenir, se preocupaba poco del pasado. Le pedía solamente que le dejase marchar y vivir. La fe y la esperanza eran inmensas.

Aquellos millones de hombres, siervos ayer, hoy hombres y ciudadanos, evocados en un mismo día, de un golpe, de la muerte á la vida, recién nacidos de la Revolución, llegaban con una plenitud desconocida de fuerza, de buena voluntad, de confianza, creyendo voluntariamente en lo increíble.

Ellos mismos, ¿qué eran? Un milagro. Nacidos en Abril del 89, eran hombres el 14 de Julio, hombres armados que hoy ó mañana se convierten en hombres públicos, magistrados (¡un millón, trescientos mil magistrados!)... y luego en propietarios... el campesino tocando casi su sueño, su paraíso, la propiedad!...

La tierra, triste y estéril ayer en las viejas manos del clero, pasa á las manos ardorosas y fuertes del joven labrador... Esperanza y amor, ¡año bendito! En medio de las federaciones iba multiplicándose la federación natural, el matrimonio; el juramento cívico y el juramento de himeneo se hacen juntamente en el altar. Los casamientos fueron más numerosos en este hermoso año de esperanzas que en un quinquenio anterior.

¡Ah!, este gran movimiento de los corazones prometía otra cosa, otra fecundidad. Fecundo en hombres y fecundo en leyes, este matrimonio moral de las almas y de las voluntades hacía esperar un dogma nuevo, una todopoderosa y joven idea social y religiosa.

Nada más que con ver el campo de la Federación, todo el mundo hubiera jurado que de aquel momento sublime, de tantas voces puras y sinceras, de tantas lágrimas mezcladas, al calor concentrado de tantas llamas en una llama, iba á surgir un Dios.

Todos lo veían, todos lo sentían. Los hombres menos amigos de la Revolución se sobrecogieron en aquel momento y sintieron que un gran hecho, que una gran cosa se aproximaba. Nuestros salvajes labriegos

del Maine y de las Marches de Bretaña, que un fanatismo péfido se preparaba á lanzar contra nosotros, vinieron ellos mismos entonces, conmovidos y llenos de ternura, á unirse á nuestras federaciones y á besar el altar del Dios desconocido.

¡Raro momento en que puede nacer un mundo; hora elegida, divina!... ¿Quién podrá profetizar cuándo y cómo vendrá una hora semejante? ¿Quién se encargará de explicar este misterio profundo que hace nacer un hombre, un pueblo y un Dios nuevos?

¡La concepción!, ¡el instante único, rápido y terrible!... ¡Tan rápido y tan preparado! Fué necesario el concurso de tantas fuerzas diversas, que desde el fondo de las edades, desde la variedad infinita de las existencias, concurren todas y se reúnen y funden para aquel solo instante.

Hecho digno de notarse: Francia, como una madre fecunda y pródiga, tiene preparada, además de la generación revolucionaria sacrificada á la acción, otra generación en reserva más valiosa y de mayor inventiva: la de los hombres que tenían veinte años ó poco más en 1790. Había en ella un espíritu increíble de potencia y de genio. Dos años (1768-1769) habían producido á la vez Bonaparte, Hoche, Marceau y Joubert, Cuvier y Chateaubriand, los dos Fourier. Saint-Martin, Saint-Simon, Demaistre, Bonald y madame de Stael nacieron un poco antes, así como Mehul, Lesueur y los Chenier. Un poco después Geoffroy, Sant-Hilaire, Bichat, Ampere, Senancour.

¡Qué corona para la Francia de la Federación mejor que estos hombres de veinte años que nadie conoce todavía!... ¿Quién no se anonadará viendo lucir enfrente estos diamantes mágicos que chispean en la sombra?...

No se dude que su genio estaba esparcido en aquella multitud, aunque ellos se hicieron famosos. Nacieron entonces millones de hombres inspirados por la llama del cielo. ¿Lo diré yo mismo? La magnanimidad, la bondad heroica que existió en todo un pueblo en aquel momento sagrado, hacían esperar que los genios que de él saliesen tuvieran otra clase de inspiración.

Poniendo aparte algunos, poco numerosos, que fueron héroes de bondad, el resto, formado por hombres de acción, de invención y de cálculo, dominados por el ascendiente de las ciencias físicas y mecánicas, llegaron violentamente á los resultados; una fuerza inmensa, pero demasiado árida, se concentraba en sus poderosos cerebros. Ninguno de ellos tuvo aquel aliento del corazón, aquel manantial de agua viva donde se abreban las naciones.

¡Ah, que había más y más valiosos elementos en el pueblo de la Federación que en los Cuvier, Fourier y Bonaparte!

Aquel pueblo tenía el alma inmensa de la Revolución bajo sus dos formas y sus dos edades.

En la primera edad, que fué una reparación á las largas injurias